

Muerte

ROSER A. OCHOA *Saga Lotos: 2*
ENARA DE LA PEÑA

Muerte

ROSER A. OCHOA *Saga Lotos: 2*
ENARA DE LA PEÑA

YOUNG KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, noviembre 2023
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-18-0
Depósito Legal: CS 781-2023
© del texto, Enara de la Peña, Roser A. Ochoa
Corrección, Carol RZ

Código THEMA: YF

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.
www.youngkiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Al Danmei, por unirnos más.

Capítulo 1

Dos años sin tí

ShenXian Yu era un guerrero y, como tal, siempre supo que moriría en el campo de batalla. Lo que no esperaba era que fuera a manos de la persona en la que más confiaba. O eso fue lo que pensó cuando Lan Se, la espada de Lian Hua, le atravesó el pecho.

—Shen... Shen, yo... —balbuceó el joven Lian, el chico al que tuvo como su hermano marcial y que trató como a un igual. El heredero de un reino y poseedor de un alma milenaria en el cuerpo de un chaval de apenas quince años.

El olor del óxido de la sangre y la belladona se mezclaban en el aire, una ráfaga de viento arrastró la peste y agitó las túnicas de los inmortales caídos en combate. Una docena de cuerpos que pronto comenzarían a descomponerse y sus tripas serían uno con la tierra húmeda del campo de arrozal. Doce vidas que ShenXian Yu había arrebatado.

«No soy yo. Yo no... Este... Este no soy yo», gritaba desde sus entrañas. Pero nadie lo oía. La desesperada voz quedó atrapada dentro de su cabeza, cubierto por capas y capas de yin, que borbotaba desde su interior en busca de más víctimas. Más sangre. Más futuros que destruir.

ShenXian Yu no notaba el dolor por la carne rasgada ni la debilidad por las hemorragias. Sus ojos, negros como dos pozos sin fondo, observaban a su alrededor igual que un animal salvaje y peligroso. La espada que empuñaba desde que forjó su núcleo espiritual y pudo invocar, Jian, vibraba igual que un instrumento mal



afinado, con agudos chillidos entre el sufrimiento y la impaciencia. Ondas negras de puro yin cubrían el cuerpo del inmortal, con sus prendas verde esmeralda mezcladas con el rojo de la sangre de los que habían sido sus compañeros. De todos, menos de uno: Lian Hua.

El joven se recuperó con rapidez de la escena en la que Shen actuaba igual que un demonio. Estaba descontrolado. La elegancia con la que blandía la espada había desaparecido y su otra mano se había empezado a transformar en una garra. La tira que sujetaba su cabello se había desatado y su larga melena oscura se mecía al viento, al ritmo de la espesa energía que respiraba con él.

Shen vio que Lian movía los labios; tal vez lo llamaba, puede que suplicara. Ojalá su joven compañero estuviera preparando un hechizo para inmovilizarlo. Sin embargo, por su expresión, supo que a duras penas contenía las lágrimas de frustración. A veces, hasta él olvidaba que solo era un niño.

—Por favor, Shen, no eres tú... Sé que este no... —murmuraba el chico.

Shen quedó aturdido unos instantes, solo Lian había escuchado los gritos de su alma. Sintió alivio y también lástima. Pronto se arrepentiría de ello.

El inmortal, con la herida de Lan Se casi cerrada por completo, se lanzó a por Lian. Lo hizo sin titubear, directo al frente, con Jian firmemente sujeta del mango luminoso. Antes de llegar hasta su contrincante, se inclinó lo justo para distraer su atención y atacó desde abajo. El filo se hundió en la cadera y ascendió hasta el corazón. La resistencia de la carne no bastó para frenarle y el aroma a sangre abrumó sus sentidos.

No era la primera vez que Lian resultaba herido en batalla. Solo que entonces Shen se encargaba de defenderlo hasta manchar el campo con las vísceras de sus enemigos. Nunca pensó que, algún día, el causante sería él mismo. Ni que le dolería tanto.

Frente a él, el joven guerrero inmortal Lian Hua cayó postrado, con las telas de su túnica empapadas en escarlata. Cabeza gacha

y brazos débiles, apenas lo escuchaba respirar. ShenXian Yu había vencido, solo faltaba dar el golpe final. Su arma se elevó y, antes de descender sobre el expuesto cuello del chico, un fugaz destello hizo que se removiera su interior. Su espada silbaba, clamando por sangre y muerte, mientras su mirada oscilaba, titubeante, hacia el colgante de jade azul que se había deslizado por las túnicas abiertas de su víctima.

—Lian —balbuceó, en un hilo de voz. Al ver que no reaccionaba, probó a llamarlo por su nombre completo—. Lian Hua. Hazlo. Mátame —dijo, y sus pupilas se fijaron en la mano derecha del chico.

Los resquicios de yang conservaban Lan Se sólida y afilada. El óxido de la sangre no afectaba a su precisión a la hora de blandirla. Shen estaba vulnerable, su fuerza de voluntad era lo único que mantenía a raya el exceso de yin. Un instante de lucidez era lo que necesitaba para que Lian actuara. Un segundo para que terminara con todo. «Al fin». Entonces el joven inmortal alzó el rostro y unos ojos cargados de confusión le devolvieron la mirada. Las lágrimas del chico dejaban un surco entre su nivea piel y el barro de la pelea. Separó los labios y los movió, pero las palabras no salieron.

A su alrededor, el sonido de chapoteo sobre la tierra mojada se multiplicó. Eran los refuerzos, dispuestos para acabar con la locura de ShenXian Yu. RonGyu iba a la cabeza del destacamento, Shen casi se contagió de su emoción cuando alentó al resto de inmortales.

—¡Aléjate de él, bestia! —exclamó, y se dirigió a los guerreiros—. ¡Apresadle! ¡Matad a ShenXian Yu!

Intentó resistirse, pero ellos llevaban ventaja y él estaba cansado de luchar. Las flechas, los cortes de espada y de lanza que siguieron a su orden no fueron nada para el cuerpo de Shen. Agujeros que se sumaban a los de su alma, donde tan solo una imagen permanecía intacta. Unos labios que hablaban sin voz. Momentos antes de caer derrotado en el campo de batalla, ShenXian Yu se maldijo a sí mismo, al tiempo que la escena de Lian Hua, de rodillas y

cubierto de sangre, acudía a su mente. De la boca del joven inmortal no salió ningún sonido, pero sí una petición. Una plegaria que aún esperaba por su respuesta.

«Shen, vuelve».



Yulong Shizui abrió los ojos de golpe. Los latidos de su corazón resonaban con fuerza y respiraba a trompicones. Las odiosas pesadillas iban a acabar con él. Tiró de la goma negra con la que se sujetaba el pelo y dejó que cayeran los oscuros mechones hasta los hombros.

Quedarse dormido en mitad de clase era una de sus habilidades ocultas. Ya fuera en el Instituto Internacional Datong de Shanghái o en la Universidad de Economía y Finanzas, conocida también como SUFE, por sus siglas en inglés.

Se levantó y sacó del bolsillo del anorak un gorro de lana, y se lo confundió hasta casi taparse las cejas. Hacía un frío del demonio. Lo irritaba. También el calor. La primavera era horrible y el otoño lo deprimía. Empujó la puerta del aula, con el revolotear de más alumnos sin rostro ni nombre. Era la última clase del día y se le había hecho eterna.

Salió al exterior y, aunque había dejado de llover, el olor a humedad flotaba en el ambiente. El mismo aroma que lo transportaba a la frontera con el inframundo; a la niebla arremolinada a su alrededor y trepando por sus piernas, con el perfume a tierra mojada de los arrozales un poco más allá.

Desde hacía dos años cualquier detalle lo devolvía a aquel lugar y aquel maldito momento. Dos épocas y dos cuerpos diferentes, pero, al final, casi idénticos resultados. La primera vez, Shen terminó muerto; la segunda, había sido expulsado. No podía quitarse de la cabeza su fallido reencuentro con RonGyu al límite de la arboleda milenaria, su pelea como el mortal Yu y a Lian siendo

testigo de su caída, una vez más. Sin máscaras, sin mentiras. Sin una mísera despedida más que una amenaza que quedó flotando entre los dos.

Aquel día tuvo la oportunidad de bajar y cumplir su venganza, pero regresó con más dudas y un nuevo nombre que añadir a su lista de traidores. Una serpiente *qilin* que tampoco estaba a su alcance, por el momento. La trama que llevó a ShenXian Yu a la plataforma de ejecución se había complicado mientras Yulong Shizui no hacía más que volver en sus recuerdos al combate del que lo forzaron a huir, a la persona que le dio la vía de escape y al beso robado en casa de los Lian.

Yu metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero, sin embargo, antes de poder dar dos pasos para alejarse de la puerta, algo se colgó de su brazo: el maldito bebé koala del que no se libraba. Le lanzó una escueta mirada por el rabillo del ojo y se agitó para intentar sacudirse tan molesto bicho de encima.

—¡Llévame al cine! —exigió con voz cantarina Ming Yang.

Yu bufó. A esas alturas de la historia no lograba recordar cuántas veces había rechazado su compañía y ella, insistente, no reculaba. Era igual desde el instituto. Lo había intentado, era verdad; de hecho, incluso trató de llegar a algo más que amistad con ella, solo para comprobar que no iba a funcionar. Para empezar, Ming Yang no era un chico y, desde luego, no era Lian. Nadie lo era.

—MingMing, ¿por qué eres tan cargante?

—Porque sé que te gusta. El día que te deje en paz, me echarás de menos. ¿No te ha pasado nunca? —La chica parlotaba mientras seguía colgada, casi de manera literal, de su brazo—. Aquello de no sabes lo que tienes hasta que lo has perdido.

Yu sintió una punzada de dolor justo en medio del pecho, tan real como si ella, en vez de una estúpida frase hecha, le hubiera clavado un puñal. Los ecos de la plataforma de ejecución continuaban latentes. Un sentimiento que conocía bien, a pesar de no haberlo vivido en sus propias carnes mortales, y, a veces, Ming Yang le causaba más dolor que un verdugo.

—No puedo ir al cine, tengo cosas que hacer —mintió Yu.

—Yulong Shizui, cuando no dices la verdad, te salen arruguitas alrededor de los ojos.

—Tengo veinte años, así que nada de arruguitas.

—Sí hay. —Ming Yang levantó la mano y clavó el dedo justo en el final de una de las cejas de Yu—. Tus bonitos ojos de zorro no mienten, no a mí. —Su voz fue más grave, casi amenazadora. Igual que un caniche con collar de pinchos—. Te conozco más de lo que te atreves a imaginar.

—Y un cuerno.

Yu quiso reír, no solía perder la oportunidad de burlarse de ella. Pero no estaba de humor.

Cruzaron una de las calles principales frente a la universidad porque, al final, la vida consistía en avanzar, o eso decían. Se había matriculado en Económicas, era lo que sus padres querían, y a él le daba igual. Lo que sucediera en esa dimensión no le interesaba lo más mínimo. Solo quería volver a bajar al plano inmortal.

—Está bien, última oportunidad —lo trajo de vuelta la voz de Ming Yang—. ¿Me llevas al cine o me voy con otro?

«No tendré tanta suerte», pensó y, sin darle una respuesta, se giró para seguir con su camino.

Subieron por el sendero Wu Chuan hacia el exterior del campus, tan grande como el barrio en el que se crio. La SUFE era una urbe en sí misma, con altos edificios de ladrillo rojo y gris, enormes ventanales y sus propias calles. Las construcciones eran cuadriculadas y prácticas, sin decoraciones innecesarias, lo cual distraería al alumnado de su misión, que no era otra que la de estudiar hasta reventar y ser ciudadanos útiles.

Yu se esforzaba, a su manera. Hacía lo posible por ser una persona normal; era su mejor tapadera, aunque cada vez se hacía más difícil conservarla. Sus instintos no se apagaban, le faltaba el interruptor que activara a placer para pasar de ser un universitario cualquiera a una bestia. Cuando sintió la cercanía de la mano de Ming Yang en su mochila, se giró de inmediato, clavando su fría

mirada en ella. Tuvo que ahogar el rugido que pugnaba por salir de su garganta.

—¡No lo toques! —advirtió el chico, antes de que ella alcanzara el cascabel de jade.

—Lo sé, lo sé, nadie puede tocar tu amuleto... Pero, oye, siempre lo llevas encima —comentó Ming Yang de pasada—. ¿Un regalo de alguien especial? Nunca me lo has querido contar —indagó, llena de picardía.

Diversos estudiantes pasaron por su lado, envueltos en risas, empujones y diversión. Yu no sabía qué era aquello de no tener ninguna preocupación. Alguien se paró a su lado para hablar con Ming Yang, momento que Yu aprovechó para dar la vuelta y marcharse.

—Yu, no puedes estar siempre solo. —La voz de la chica llegó a su espalda—. Es patético.

La ignoró y continuó, dejando atrás las voces de sus compañeros, para alejarse en soledad y caminar hasta perderse, o tal vez encontrarse. Estaba más desorientado que nunca. Atrapado en un mundo que no era el suyo, soñando con un lugar al que jamás perteneció, devorado por un odio que crecía día a día y que cada vez tenía menos claro hacia quién dirigir.

El apartamento que había alquilado estaba a una hora de caminata de la universidad, lo cual le servía para despejar las ideas que lo atormentaban, variadas y caóticas.

Llegó a la carretera Jipu, cerca de la avenida principal de Zhengli. El atardecer alargaba las sombras de hombres trajeados que se dirigían a sus casas o a tomar cerveza hasta olvidarse de sus anodinas vidas. Era viernes, y los carteles luminosos de la calle Haipai anunciaban platos picantes y pescado frito en oferta. Shanghái olía a especias, a humo de coche y ambientador barato.

Justo por su lado pasó una mujer que empujaba un carrito de bebé. El crío berreaba como si lo estuvieran despellejando vivo, movía los brazos y piernas al ritmo del llanto y no cesó de molestar hasta que su madre sacó un peluche de la bolsa y se lo dio. Un

maldito hurón blanco. ¿Acaso todo el jodido universo confabulaba contra él? Sus garras le arañaron la piel, incluso con la tela del pantalón de por medio. Suerte que tenía la mano metida en el bolsillo.

En ese momento, el móvil vibró y lo sacó por costumbre, atento a las notificaciones del periódico *Xinmin Wanbao* por su trabajo de beneficencia, como lo llamaba Lagartija. En su lugar confirmó que la transferencia de dinero llegaba de manera puntual. Acababan de pasar el Año Nuevo Lunar, las calles recuperaban sus colores grises habituales después de haber estado llenas de rojo y apenas quedaban restos de petardos en las aceras. Hacía tiempo que sus padres desistieron de aparentar ser una familia normal. Lo que se había roto ya no tenía arreglo, a pesar del amago de acercamiento hasta los exámenes. La ausencia de su madre en el Gaokao fue un duro golpe que no quiso admitir. Después de ello, regresó el silencio. Sabía que estaban vivos por la entrada mensual de dinero a su cuenta. Nada más. A esas alturas, asumía que estaba solo.

Verdaderamente, no había tenido suerte en ninguna vida, lo habían desechado en las dos.

Hubo un tiempo en que Yu creyó con sinceridad que saborearía una pizca de normalidad. Fue durante los años que pasó al lado de Lian cuando, de pronto, su vida se convirtió en una idéntica a la de cualquier joven de su edad. Evocaba con nostalgia aquellos momentos en los que Lian logró sacar lo mejor de él, haciendo que se sintiera vivo y valorado como nunca antes. Aunque el tiempo había pasado y las cosas habían cambiado, Yu aún guardaba ese recuerdo con cariño.

Los fantasmas, las lecciones con la espada o el hurón malhumorado eran parte de esa extraña cotidianeidad, aunque aquello también se esfumó, como todo lo demás.

Yu aprovechó que tenía el móvil en la mano para abrir el WeChat y mandar un mensaje a Shao, uno más que obtendría la misma respuesta. La tatuadora demonio era la única que se preocupaba por él, a su manera, y aunque insistiera en descender, después de lo ocurrido dos años atrás, les habían soplado que las

defensas en el reino inmortal se habían multiplicado y las fronteras estaban más vigiladas. ¿Se encontraría Lian entre los guerreros inmortales en primera línea de la barrera? Podía visualizarlo, con Lan Se en ristre, dispuesto para ofrecer batalla, incluso con el que había sido su hermano de armas en su anterior vida y en la actual se convirtió en su discípulo.

Sin embargo, sabía que aquella fantasía no era real. Las fuentes de Shao le habían confirmado que el inmortal había recibido su propio castigo, uno que lo mantenía más alejado de Yu y lo forzaba a esperar.

Por más que lo intentara, jamás podría olvidar. Dos vidas, dos malditas vidas embrolladas dentro de su cabeza, pesadillas que eran y no eran suyas, el peso sobre sus hombros casi imposible de soportar. Durante los dos años que pasaron tuvo todo tipo de pensamientos, incluso se planteó rendirse. Tirar la toalla. Terminar de una vez y que la Calamidad se apiadara de él para formatear mejor su disco duro. Si es que acababa en Ciudad Fantasma. Con su mala suerte, sería igual que el alma perdida de un humano cualquiera, restos de energía a punto de dispersarse en el inframundo, perseguido por espíritus rencorosos también después de su muerte.

Yu tuvo ganas de reír. Era absurdo. Hiciera lo que hiciese, no se lo quitaba de encima. Había arrastrado sus recuerdos con Lian desde una vida anterior, igual que un parásito aferrado a su ser. Ni se iba ni lo soltaba. ¿Qué le hacía pensar que con el tiempo sería diferente?

—¿Qué hacemos aquí?

Una voz llegó a él desde la altura de su corazón; era un ligero susurro, apenas audible. Yu no miró a Lagartija, parapetada bajo su piel, sino que alzó la cabeza y solo entonces descubrió que, en su ensoñación, sus pasos lo habían conducido de nuevo al apartamiento de Lian. Algo lo empujaba a regresar cada dos por tres.

«Esta será la última», se dijo a sí mismo, igual que la anterior.

Apartar los velos en el plano mortal era algo que ya dominaba. Hacerlo en el piso de Lian era lo más natural. Lo había repetido

cientos de veces durante la época que pasaron juntos, cuando entre aquellas paredes encontró lo más parecido a un hogar, un lugar al que pertenecer.

Sin embargo, todo se había reducido a polvo, de forma literal.

Yu aún notaba el cosquilleo de la energía en los dedos después de traspasar entre dimensiones. El interior del apartamento estaba oscuro yapestaba a cerrado. ¿Qué más esperaba? Daba por hecho que no se reencontrarían, no tal como se separaron. Aun así, justo cuando los velos lo acariciaban, en aquella fracción de tiempo que tardaba en desplazarse de un lado a otro, anhelaba que fuese como antes.

El olor a comida casera recién hecha, el incienso prendido en la entrada, la energía yang envolviéndolo con su sola presencia y la suave voz de Lian cuando le preguntaba cómo iba con los deberes. Hasta añoraba al maldito bicho blanco que lo ponía de los nervios. Tenía ganas de verlo, discutir por las palomitas, quejarse de sus gustos musicales y zarandearlo como la bola peluda que era.

Sobre la colcha de la habitación del *qilin* seguían los CD de BTS que le había cogido al hurón; en una de sus primeras visitas al apartamento los llevó con él para devolverlos en un acto patético del que Yu todavía se arrepentía. Sin embargo, no los tocaba. La ilusión de que un día desaparecieran, como una señal de que lo vivido ese tiempo iba a retornar, se lo había impedido.

—Han pasado cinco años desde que empezaste a perseguirlo.

Yu se desabotonó la camisa e hincó la punta de la uña sobre la piel para dejar que Lagartija saliera con libertad. Después de lo que pasó con RonGyu y de que saltaran a la palestra los asesinatos de los dos inmortales en Shangháí, había tenido que mantener un perfil bajo para no llamar la atención. Eso incluía unas repugnantes píldoras de yang, muy parecidas a las que le dio Xue cuando descendió al reino celestial, así como algunos conjuros para camuflar su presencia.

Como resultado, su yin se mantenía más aletargado y el dragón de tinta se convirtió en un cachorrito mimoso sediento de cariños.

El tatuaje multicolor, con forma corpórea, revoloteó y alzó una nube de polvo a su paso, hasta telas de araña se pegaron a sus largos e iridiscentes bigotes. Para cuando regresó a los brazos de Yu, estaba cubierto por una neblina pegajosa, que el chico ni se molestó en limpiar.

—Han pasado cinco años —repitió Lagartija, que reptó por su espalda para pararse en su hombro, e intentaba desprenderse de la suciedad a manotazos con gestos somnolientos—. Tuviste más de una oportunidad.

—Lo sé.

Yu caminó por el salón, ahora sin vida, sin calor, ni ningún tipo de olor salvo el de los muebles olvidados. Era irreal, las mismas cuatro paredes que lo acogieron como un huérfano perdido no conservaban ni un ápice de ese lejano hogar. Se acercó al lado del altar familiar, donde todavía quedaban un par de varillas de incienso perfectamente alineadas. Yu alargó la mano, creó una llama en la punta de su dedo y las encendió mientras su atención se centraba en el humo que danzaba hacia el techo. Pasó el dedo por el mueble y, sin darse cuenta, garabateó en gris el nombre de Lian Hua.

Lo añoraba, y lo peor fue ser más consciente que nunca de que era incapaz de matarlo, pues se había enamorado de él.

Capítulo 2

Unión de jade

Aunque Xue era un hurón, sentía que volaba sobre sus dos largas piernas. Lian Hua salía de su reclusión forzosa en el monte Wu Ming tras dos años de aislamiento. Después de más de setecientos días, lo volvería a ver.

—¡Cuidado! —protestó uno de los sirvientes, con túnicas humildes y un recogido apretado.

—¡Lo siento! —se disculpó el *qilin* sin detenerse.

Iba a encontrarse con Lian, con la persona que lo había criado, que lo salvó del hambre y el maltrato en Ciudad Ya, en el inframundo. El que le enseñó a pelear, a controlar los niveles de yang y le descubrió la calidez de un abrazo. Nunca habían permanecido tanto tiempo separados y la idea del reencontro hacía que sus orejas peludas y blancas se agitaran, ansiosas.

Sin embargo, la patriarca Han lo había convocado, ¡maldita la hora! No podía desobedecer, aunque le habría gustado hacer oídos sordos a la llamada. Subió los más de tres mil escalones a trompicones y tuvo que recogerse la falda de la túnica para no terminar de morros en el suelo. Era ágil, pero también le podía el nerviosismo.

No se entretuvo en admirar el paisaje, de altas y nevadas colinas. Traspasó los portones que daban la bienvenida al palacio y corrió por los serpenteantes senderos flanqueados por parterres llenos de flores hasta llegar a las grandes puertas con ornamento de hojas de hiedra en el marco. Se detuvo para recuperar el aliento. Una molesta mariposa se posó sobre su brazo y la sacudió. Cómo odiaba que no les permitieran usar los velos para moverse en el



reino inmortal porque, según los mayores, no era apropiado. Iba a tocar con los nudillos cuando estas se abrieron y casi arrolló a una *qilin*.

—Xue Diao, más te vale comportarte —le advirtió la mujer.

—Perdona, Wen —dijo con rapidez Xue.

Era habitual entre los suyos tratarse con cercanía, y para él Wen, la *qilin* zorro, compañera de vida de la patriarca Han, era como una hermana mayor.

—¿Está dentro? —quiso saber el hurón.

La mujer, con las orejas blancas erguidas, que sobresalían de una cabellera albina igual que la de Xue, le dedicó una mirada autoritaria. Su ansiedad se cortó de golpe. Wen podía llegar a ser más intimidante que la patriarca.

—Primero toma aire, adecenta tus prendas y, después, serás digno de acudir a su presencia —le reprendió ella.

«Esto sí es hacerme perder el tiempo, ¡joder!», pensó Xue en un leve quejido que no vino a decir nada, solo un bufido agitado. La *qilin* se apiadó de él, resopló y le abrió la puerta.

—Sé bueno —le aconsejó, con tono más familiar, a lo que Xue asintió con la cabeza.

Iba a portarse bien, ¡siempre lo hacía! Sería el mejor *qilin* del mundo, un maldito ejemplo a seguir si con ello lograba que todo fuera como antes. Era lo único que anhelaba.

Tras cruzar la entrada, la luz cegó a Xue por un momento. Estaban en uno de los torreones convertido en invernadero del palacio, uno de tantos, con el techo y las paredes acristaladas para que el sol entrara a raudales. Fuera y dentro, la patriarca Han debía estar rodeada de plantas, flores y naturaleza.

—Xue Diao, bienvenido —lo saludó la mujer al frente de la ciudad frontera que protegía el mundo de los mortales de los ataques del inframundo.

De aspecto delicado, igual que una niña, pero con una expresión demasiado madura, la patriarca Han le lanzó una mirada vacía. O más bien extraña. Xue no estaba habituado a que una persona

invidente le clavara los ojos de aquella manera aunque, en realidad, ella lo veía perfectamente. Los colores de su aura, más bien.

—Puedes tranquilizarte, no voy a hacerte perder mucho tiempo.

La patriarca soltó una dulce risa y volvió a centrar su atención en los bulbos marronáceos que trasplantaba con mimo de un terrario a otro. Estaba de pie sobre un taburete, con las mangas de las túnicas manchadas y mal arremangadas a la altura del codo. El cabello largo y oscuro suelto, con las horquillas y la pieza de oro blanco del recogido a punto de desmoronarse. Al parecer, ella misma había tratado de colocárselo, dejando por el camino marcas de tierra y semillas en su rostro. Era bien conocido el placer de la patriarca de andar metida hasta las rodillas en el barro.

Xue se tragó las ganas de hacer un comentario al respecto. Seguro que Wen había tirado la toalla de adecentar a su señora, al igual que Lian se rindió con él en el pasado, dando como una guerra perdida el intentar trenzarle el cabello, o al menos recogerse de algún modo para evitar que terminara hecho una maraña. «¡Agh! Lian... debe estar a punto de salir y yo sigo aquí», Xue empezaba a impacientarse.

El *qilin* miró sus manos, jugueteó con las tiras color plata de su cinturón y las arrugas de su tela, pálida como la luna, con filigranas en gris y aguamarina. Se mordisqueaba el labio. Debía poner cara neutral, que sus expresiones no lo delataran ante la más alta autoridad de su ciudad. ¡Qué difícil se lo estaba poniendo con tanto silencio!

La patriarca, con el *xiao* que hacía germinar el yang de las plantas colgada de la cintura, sonrió con ternura. «Ya, ya, ya, venga, al grano».

—Lian Hua regresa hoy con nosotros —dijo ella con voz suave.

—Así es —apuntó Xue con rapidez. Sentía que, si no hablaba, su lengua se oxidaría—. Termina su reclusión. Iba a ir en su búsqueda ahora mismo. Si me apresuro, todavía...

—No hará falta —cortó la patriarca, y sus enturbiados ojos pasaron de la tierra de sus manos a la figura del *qilin*, aún parado en

la entrada—. He mandado un transporte a por él, enseguida llegará a la casa de la familia Lian.

Xue soltó las tiras de su cinturón y se giró hacia la puerta, dispuesto a marcharse:

—Ah, qué amable por su parte. Entonces, con su permiso, será mejor que me vaya —comentó de forma automática. No entendía para qué diantres lo habían hecho ir hasta el palacio.

—Aún no.

Dos palabras bastaron para que el *qilin* se quedara paralizado.

No es que la patriarca Han lo hiciera a propósito, pero tenía un poder inmenso que de vez en cuando asomaba en sus encuentros. Su destino era proteger la paz, evitar que la barrera cayera, para lo que usaba su propia energía, un yang que daba la impresión de ser infinito y que, si no se controlaba bien, podía incluso dañar a los que estaban cerca de ella. Wen lo sabía, su tarea como compañera de vida también consistía en ayudar a su señora a nivelar su energía a través del contacto íntimo. Era una de las relaciones de mayor intimidad entre un inmortal y un *qilin*, después del pacto de sangre, claro.

Xue bajó la mano y volvió a su posición inicial. No debía olvidar en presencia de quién se encontraba y que, por muy alterado que estuviera, tenía que mantener la compostura.

—Quería hablar contigo antes de que te reunieras con Lian, por eso te he mandado llamar —explicó la mujer, que saltó del taburete y se limpió las manos sobre la delicada túnica rosácea. Si Wen estuviera ahí, sus orejas de zorro se pondrían tiesas de rabia.

Xue permaneció quieto, a la espera. ¿Qué podía querer de un *qilin* como él? Una voz en su interior le advirtió que no le iba a gustar lo que le diría a continuación.

—Es la primera vez que Lian Hua realiza una reclusión tan larga —siguió la patriarca, ignorando el nerviosismo de Xue—. Sabes lo que costó convencerle para que aceptara el encierro voluntario. Desde la Logia me exigían un pago de sangre por los inmortales asesinados y por las sospechas más que fundadas de que Lian Hua

había protegido al culpable, ese tal Yulong Shizui. En este tiempo en aislamiento no hemos tenido la oportunidad de que nos contara nada más acerca de él, pero esta tregua ha concluido.

Las orejas redondas de Xue se achataron ante la dureza en los ojos sin fondo de la patriarca.

—¿Qué necesita que haga? —preguntó, obediente, el *qilin*.

—Tráelo y que hable —ordenó la mujer—. Cuando fue apresado, lo acompañaba RonGyu, que balbuceaba sobre su responsabilidad en la muerte de ShenXian Yu y nos obligó a reabrir un caso vergonzoso entre los nuestros. Él sigue encerrado y la Logia investiga mientras Lian Hua acaba con su reclusión tras no hallar más pruebas contra él, a excepción de meter a escondidas un humano en nuestro territorio.

Xue recordaba esos días con la niebla de la incertidumbre y la confusión. Lian fue lanzado a la mazmorra y obligado a entrar en meditación solitaria a causa de Yu, el engendro medio mortal medio lo que fuera que el *qilin* estaba decidido a matar con sus propias manos.

El crío huyó, o eso fue lo que dijeron; Xue no lo había creído en ningún momento. Lian lo dejó escapar, es más, pondría su cola en el fuego de que lo ayudó, sospechas que no había compartido con nadie. Si con eso no bastara, a RonGyu de repente le dio un ataque de arrepentimiento y suplicó por que le permitieran pagar por su crimen en un complot por matar a ShenXian Yu. El antiguo compañero de Lian, el hombre cuya muerte dejó una profunda marca y cambió al inmortal para siempre.

Para Xue fueron semanas de caos, sin saber qué ocurriría. Sin embargo, el reino celestial apenas se agitó. El estallido de yin en el límite de la frontera con el inframundo y el combate que casi acabó con el experimentado guerrero RonGyu fue ocultado al resto de ciudadanos. Oficialmente, un humano se había colado bajo la vigilancia de Lian, hubo una inestabilidad en el límite entre mundos y dos inmortales terminaron apresados. Nada más. Xue no estaba implicado, por supuesto. Lian se había encargado en asumir todas

las culpas de cara a la Logia de los Ancestros. Por dentro, el *qilin* se ahogaba en remordimientos.

La trama era demasiado complicada y nadie entre los más sabios y respetados del círculo de la patriarca era capaz de tirar del hilo y desenmarañar la madeja embrollada durante dos décadas. Xue había colaborado en esos dos años si así se lo habían requerido, aunque guardó para sí parte de la información, al menos hasta poder hablar con Lian, al que tan solo pudo ver un instante en el calabozo antes de que se lo llevaran.

—Puedes retirarte —le autorizó la patriarca—. Comunícale que nos vemos esta noche. E intenta que entre en razón, Xue. A ti te escuchará, siempre lo hace.

El aludido tenía sus reservas, pues, si de verdad lo escuchara, no habrían terminado de aquel modo, pero se calló. Movié la cabeza arriba y abajo una vez antes de abandonar el invernadero. Estaba sudando y notaba los hombros rígidos, no pensó que la presencia de la patriarca lo alteraría tanto. Se peinó el largo cabello albino mientras descendía las escaleras, de vuelta al exterior.

Tenía que hablar con Lian, persuadirlo como fuera de que diera una explicación lógica si no quería que las sospechas siguieran creciendo a su alrededor. «Lo que debería hacer es ofrecerle la cabeza de Yulong Shizui. Puede que lo haga yo, si él se niega», se convenció.

—Xue, ¿todo bien?

El *qilin* alzó la cabeza y, junto a la salida del palacio, se encontró con los amarillos ojos del capitán Gou. El lobo gris al frente de la guardia de las mazmorras lo había seguido, como casi cada día. Parecía más un perro grande; de hecho, agitaba el peludo rabo igual de alegre ante él.

—Sí —dijo de pasada Xue, y continuó hacia el puente que conectaba con el centro de la ciudad y bajaba con el río Hanpu.

—Pues tu cara no dice eso —le contradijo, extrañado—. ¿No ibas a por tu maestro?

—¡Si es que no me dejáis! —exclamó, con peor carácter del que quería. El rostro de Gou fue una mueca de tristeza—. Lo siento, perdona. Lian me espera en casa, así que voy ya.

—¡Espera, Xue! —Gou intentó atraparle por el brazo antes de que saliera a la carrera, sin embargo, el hurón se zafó del agarre y empezó a correr.

Compartían una vieja amistad que aquellos dos años se había reforzado por su tarea en la Pradera Qilin. A Xue se le daba bien atender a los huérfanos, se veía reflejado en ellos, bastaba con tratarlos igual que le hubiera gustado a él. Gou, por su parte, era un experto cuidando a los demás, en general, y a Xue, en particular. Tenía predilección por el hurón, no lo ocultaba, aunque este pudiera protegerse solo.

Hacían una buena pareja y trabajaban bien juntos. Además, Xue se había sentido solo durante el tiempo sin Lian; puede que abusara un poco de la compañía del lobo, no lo había podido evitar. Incluso en los peores momentos del celo se mantuvo a su lado, de la manera más casta que fue capaz.

Atravesó a la carrera la ciudad del reino celestial, ignorándolo. Lo último que le apetecía era hablar de su conversación con la patriarca Han o exponer sus temores frente a Gou.

Lo único que ocupaba su mente era el regreso de Lian. ¿Cómo había salido de la reclusión en el monte Wu Ming? ¿Habría cambiado mucho? ¿Lo habría echado en falta? ¿Estaría más débil o reforzado por el yang de la montaña?

Las túnicas del *qilin* revoloteaban y las tiras del cinturón bailaban con sus largas zancadas hacia la casa de los Lian. El frío invernal se respiraba en cada rincón de Ciudad Frontera, los árboles frutales dormían y la vida fuera de las viviendas se había reducido. Solo el mercado y las casas de té, con su calefacción de carbón, acogían a inmortales que se resguardaban de las bajas temperaturas.

El exterior de la propiedad de los Lian estaba en silencio, iluminado por los pequeños farolillos de bienvenida que colgaban del muro. Xue atravesó la portalada hacia los jardines, con el manantial

de lotos al otro lado de la construcción. Sus pies flotaron sobre las piedras *yuhua* y cruzó el umbral sin hacer la tradicional reverencia al altar familiar.

—¿Dónde está? —preguntó al primer criado con el que se encontró.

—¡Maestro Xue! —se sorprendió—. Le hemos preparado la bañera, ha entrado mientras terminamos la cena —contestó el hombre con formalidad. No hacía falta saber a quién se refería.

El *qilin* caminó descalzo por la tarima hasta el panel que daba acceso al baño. A través del papel de las puertas deslizaderas notaba la calidez del vapor y el aroma a flores silvestres, melocotón y loto que usaban en los jabones. Al otro lado estaba Lian, el mismo que llevaba dos años sin ver, y al que debía exigir explicaciones nada más regresar.

Xue alargó el brazo y rozó con la punta de los dedos la madera, después lo bajó; lo estiró una vez más y, finalmente, cayó a su costado. Cerró el puño con fuerza. Sentía que la charla que tenían pendiente mandaría al traste su objetivo de hacer como si nada hubiera pasado y recuperar los días perdidos.

Se negaba a hablar del adolescente psicópata Yulong Shizui, tampoco le apetecía en lo más mínimo recordar al hermano marcial ejecutado, ShenXian Yu. Lo que Xue Diao deseaba con cada fibra de su ser era abrazar a Lian, que le diera mimos en la cabeza y compartir aperitivos salados mientras discutían qué ver en la televisión o se preparaban para una misión de rescate en los límites de la barrera en Shanghái. Necesitaba borrar de un plumazo los últimos años y retomar sus vidas justo en el punto donde habían comenzado a torcerse, volver a cuando solo estaban ellos dos. ¿Era egoísta por pensarlo? Seguramente, pero le daba igual.

Quería ser codicioso por una maldita vez en su vida, y en cuanto cruzara esa puerta, lo perdería de nuevo y no estaba preparado.

Xue se dejó caer hasta rodear sus propias rodillas y hundir la cabeza en ellas, en una amalgama de cabello albino y telas en plata y gris.

—Xue.

Las orejas del *qilin* se irguieron de forma automática. Esa voz, era él. Tanto tiempo sin escucharlo y el tono no había variado un ápice, entre la ternura y la melancolía. Como cuando era un niño y le susurraba con dulzura para alejar las pesadillas. Lian Hua hablaba con nostalgia, como si temiera romper un espejismo.

—Estoy aquí —admitió Xue, todavía agazapado tras la puerta y con el rostro entre las piernas. Su sigilo era inútil. El inmortal tenía la capacidad de saber dónde se encontraba sin tener que preguntar, como si cargara con un rastreador mágico. Tal vez lo hiciera.

—Ven, pasa.

El sonido del agua acompañó a sus palabras. Xue obedeció sin rechistar. Se enderezó y en un par de movimientos se encontraba dentro de la sala, rodeado del vaho y el aroma de la primavera. No había secretos entre Lian y él, el inmortal lo había metido en la bañera a la fuerza en más de una ocasión de niño, por lo que ambos terminaban empapados y con espuma detrás de las orejas, transformando la ira inicial en divertidas risas que añoraba. Sin embargo, el pudor de la edad, o quizás lo que había pasado, hizo que Xue descendiera la vista cuando se acercó a él.

—Hola —murmuró el *qilin*, y el largo cabello cubrió su rostro, como una cascada blanca.

—Hola —devolvió Lian. En su tono ya se reflejaba la eterna y amable sonrisa—. Pensé que vendrías a por mí.

Xue captó una ligera decepción en el inmortal, y eso hizo que se sintiera peor. El *qilin* se acuclilló junto a la bañera, incapaz de mirar a la cara a Lian, y deslizó los largos dedos por la humedad de los intrincados mosaicos a sus pies, en busca de una distracción.

—La jefa me llamó a su presencia —balbuceó, con la cabeza todavía baja.

—Entiendo —dijo Lian, que realmente pareció saber el significado de la reunión con tan solo esa explicación—. Querrá que vaya yo también —reflexionó—. ¿Mañana?

—Esta noche.

Más sonido de chapoteo y piel contra el mármol. Lian resopló. De reojo Xue vio su cabello oscuro, más largo que cuando se separaron, ondulando en el agua perfumada. El *qilin* pensaba en cómo marcharse de manera sutil cuando una sombra pálida se movió con rapidez en la bañera.

Xue siguió inmóvil y la calidez de una mano se posó en su coronilla. Las gotas de aroma dulce se deslizaban de la nívea piel del inmortal hasta la cabellera del *qilin*. Ahí estaban los largos dedos de Lian enredados en su melena, en un gesto que tantas veces había repetido. Un contacto que se había convertido en el primer recuerdo agradable de su niñez.

—Te he echado de menos, Xue —confesó Lian, que acarició con ternura la cabeza del joven que había educado en el mundo mortal.

El agua continuó su recorrido por la raíz de la melena de Xue hasta unirse con las huidizas lágrimas.

—Y yo a ti —sollozó el *qilin*, que mandó al traste su intento de parecer imperturbable.

No pudo contener la emoción por más tiempo y saltó al agua para abrazar a Lian, con lloros que no sabía si eran de alivio, culpabilidad o alegría. Tampoco importaba, ni siquiera lo que ocurriría después con la patriarca Han, pues esos breves instantes solo les pertenecían a ellos dos. Y a la mierda con todo lo demás.

Capítulo 3

El *qilin* reticente

Lian Hua rebosaba energía yang. Nunca se había sentido tan poderoso y, a la vez, tan inquieto, como si le faltara tiempo. En realidad, durante los dos años de reclusión en los que alternó la meditación con el entrenamiento físico, tuvo la oportunidad de reflexionar. De Shen, de Yu, de RonGyu y hasta de la patriarca Han. Así que el hecho de que lo llamara le vino en el mejor momento.

Había tomado una decisión, una que sería inamovible y que cumpliría aún con su vida o las que tuviera pendientes. Iba a terminar su misión y a darle sus respuestas a Yulong Shizui, aunque estaba claro que Xue no pensaba igual.

—¡No me fastidies! Tienes que estar de broma. —Empujó el bol con desprecio y tragó lo que le quedaba de forma sonora—. Se me ha quitado el hambre.

Sobre la mesa se habían acumulado distintos cuencos, rebañados hasta quedar limpios, por eso, tal afirmación del *qilin* solo hizo que Lian sonriera con ternura.

Xue estaba enfadado y con razón. No tendría que habérselo contado tan a la ligera, pero el encuentro con la patriarca iba a adelantar sus planes y necesitaba tener al *qilin* al tanto y, a poder ser, de su lado.

Después del baño, se habían sentado a dar buena cuenta de los platos preparados con esmero por sus sirvientes. Sin embargo, Lian apenas tenía apetito. Durante los años encerrado se había acostumbrado a las píldoras de yang para alimentarse, por lo que



había perdido peso, aunque su fuerza física todavía era envidiable. Sus rasgos eran más afilados, el cabello más largo y su mirada oscura brillaba con resolución.

—¡No lo entiendo! —exclamó el *qilin*—. ¿Cómo sueltas una bomba así, tan calmado?

—Llevo dos años dándole vueltas a la misma idea —trató de razonar Lian—. Ahora lo veo todo desde otra perspectiva. —Cerró un instante los ojos y suspiró antes de volver a clavarlos en Xue—. Hablo muy en serio.

—¡Ni en mil vidas! —prosiguió antes de que Lian fuera a hablar—. Y ni haciendo el pino puente, no hay perspectiva que valga —sentenció con convicción.

Discutir con Xue no era productivo, daba por hecho que no lo encontraría receptivo a pesar de la alegría del reencuentro. Lo había añorado, por supuesto, y se había preocupado por él, aunque sabía que se las arreglaba perfectamente. Le habría gustado compartir más días juntos y en paz, con alguna cena en la vieja casa de sus padres antes de avanzar. Pero carecían de tiempo y opciones.

Seguiría adelante con la decisión que había tomado de forma unilateral, de la que no se retractaría, a pesar de los argumentos totalmente válidos del *qilin*. Lian alargó la mano para tomar la taza de té.

—No bebas eso, está frío y te sentará mal —gruñó Xue, que se levantó con la tetera en la mano.

Se acercó a la estufa de carbón que caldeaba la estancia y, a su vez, les servía para preparar el té. Los movimientos del *qilin* eran lentos, como si se estuviera tomando ese tiempo, mientras observaba calentarse el agua, para pensar. Lian lo observó, tan meditando, diferente a su proceder habitual, que se asemejaba más a un desastre natural, siempre de un lado a otro a gran velocidad, igual que un huracán. Xue seleccionó unas cuantas hojas de té, las vertió en el agua y la ligera fragancia inundó la habitación. Xue sirvió el contenido en dos tazas nuevas, se sentó y empujó una en dirección al inmortal, que lo observaba casi sin pestañear.

—Has crecido —soltó, de pronto, con nostalgia en la voz.

—No intentes manipularme, Lian, no te pega nada —lo comprendió el *qilin*.

—No era mi intención. Es solo que, en este tiempo solo, me ha reconfortado mucho recordar cuando nos encontramos en el inframundo. Cómo te aferraste a mis túnicas y no me soltabas.

El hurón asintió y olfateó la taza.

—Eras incapaz de controlar tu yang —continuó el inmortal—. Ante cualquier amenaza te convertías en hurón y te escapabas. Si no fuera por mis reflejos, me habrías mordido más de una vez. Solías estar tan asustado...

—Sí, lo estaba —sonrió con tristeza Xue—. Y sucio, tuviste que meterme tres veces en la bañera antes de saber que era blanco.

Lian soltó una risotada y clavó la vista en el otro:

—¿Entiendes por qué tengo que seguir con esto? —habló con palabras pausadas y la taza de té a un lado—. Yu también debe haber pasado mucho miedo. Hasta ahora, ha respondido de la única manera que conoce, con violencia, y nunca ha tenido a nadie que le indicara el camino correcto.

Era egoísta, lo sabía, pero no encontraba otra manera de comportarse. Le gustaría contar con Xue, en su corazón dependía de él. No obstante, en la realidad veía difícil que el *qilin* lo apoyara, no con lo que había sucedido. Estaba en lo correcto, pues el hurón no parecía dispuesto a ponérselo fácil. Se cruzó de brazos y sus orejas se encrespaban por la tensión.

—Siento que ya hemos tenido esta discusión —dijo el *qilin*, airado, y desvió la mirada hasta perderse por la ventana que daba al jardín.

—¿En serio? —El tono de Lian era un remanso de paz.

—¡Menos bromas! —exclamó Xue con enfado, y perforó con sus ojos al inmortal. Tan grandes y rojos como si se hubiera salpicado con dos gotas de sangre.

—Xue. —Lian alargó la mano para tomar la de su compañero—. Si prefieres continuar aquí y encargarte de las Praderas, lo entendería. Jamás te reprocharé nada, lo sabes, ¿verdad?

El *qilin* rechazó su gesto cariñoso y golpeó la taza con un manotazo.

—¡Eres un ingenuo! La última vez me apartaste para darte una coartada que no sirvió de una mierda, ¿qué diferencia hay ahora? —Agitó la cabeza y resopló.

—La hay.

A pesar de la determinación en su expresión, sabía que el *qilin* estaba indeciso. Y enfadado, con una rabia que trataba de contener desde su reencuentro y Lian comenzaba a vislumbrar.

—Por supuesto, ahora es todavía peor, ¿pretendes ir a Ciudad Fantasma y hablar con la Calamidad! —estalló, aunque mantuvo el tono bajo, consciente de que esa información recién revelada no podía escapar de las cuatro paredes—. Es una locura. Encontrar a la Calamidad... —murmuró, meneando la cabeza de lado a lado—. Vas a arriesgarte de nuevo, y todo por... él.

—Por Shen, por Yu, pero también por mí —puntualizó Lian.

Su mano se alzó de manera inconsciente para acariciar la pequeña lágrima de jade colgada de su cuello, hasta que recordó que ya no la llevaba. Era un gesto que repetía a pesar de haber dejado la joya con el resto de los objetos que entregó antes de su reclusión. Pensó en recuperarla, pero ya no era el mismo hombre de entonces.

Sabía que la idea era descabellada, y más tras lo ocurrido, sin embargo, la voluntad que sentía era inconmensurable. La Calamidad, aquel ente supremo cuya labor consistía en velar por las almas de los inmortales, era la única capaz de darles sus respuestas. La última vez ni siquiera llegaron a intentarlo, pues antes de atravesar entrevelos Yu y RonGyu se enfrenaron, obligando a abortar el plan.

—Parece que ya has olvidado que por culpa de ese asesino fuiste interrogado y encerrado. ¡Te separaron de mí! —insistió Xue,

hablando entre dientes—. Dos años tal vez te parece poca cosa, pero te equivocas, es suficiente para destruir la vida que habíamos creado en el reino mortal. ¿Sabes lo que queda? ¡Polvo! El apartamento, abandonado; tu preciado trabajo de profesor, perdido. Si no me hubiera encargado de borrar memorias, estarían buscándote como un desaparecido más que tal vez cayó al río Huangpu.

Lian escuchaba con atención y sus dedos se crisparon, con la calma inicial agrietada.

—¿Subiste?

—Dos veces —admitió el *qilin*, y fijó la vista en su taza de té, vacía—. Una para eliminarte de la mente de los profesores de tu departamento, otra para cazarle. No me mires así, Lian. Estabas atrapado, tú mismo me prohibiste acercarme al monte Wu Ming, así que traté de ser útil.

—¿Qué has hecho, Xue...?

—¡Nada! —exclamó, todavía sin alzar la mirada hacia el inmortal, tal vez temeroso de encontrar decepción—. El muy cabrón sabe ocultarse, así que no fui capaz de dar con él... Ni para eso sirvo.

El *qilin* estiró los labios en una extraña sonrisa y Lian quiso alargar el brazo para consolarlo, pero el otro se pegó al respaldo de la silla, alejándose.

—No lo entiendo —prosiguió, airado—. ¿Y ahora quieres volver y ayudarlo? ¡A él, que merece un castigo peor que el tuyo! Deberías odiarle.

—Jamás podría, Xue...

—¡Y una mierda! ¡Ni hablar! ¡Me niego!

Impulsado por una oleada de ira repentina, se incorporó y lanzó la taza contra la pared, que estalló en un centenar de piezas. El *qilin* hundió los ojos en su desastre, como si se mimetizara con la sensación de estar hecho pedazos.

Lian lo observaba con serenidad. No le sorprendió la reacción por parte de Xue. Lo había esperado durante su encierro, a su manera trató de arreglar el caos que había dejado atrás y, aun así, nada

más reencontrarse se atrevía a revelarles sus planes de aquel modo tan directo.

—Lo comprendo...

Una espesa tensión se elevó entre ellos, hasta que la voz del *qilin* lo rompió en una pregunta que era una afirmación:

—Sabes dónde está.

Lian, incapaz de mentirle, suspiró.

—Creo que tengo un medio para encontrarlo.

—Y supongo que la idea de atraparlo y ofrecer su cabeza a la Logia está ya totalmente descartada —susurró, sin esconder el pesar que eso le causaba.

Bastó un simple cruce de miradas.

—Nunca fue mi plan.

—Joder, Lian.

Xue alzó las manos, las cerró en dos puños y se presionó con ellos el rostro. En un movimiento que no fue nada apropiado con las elegantes túnicas que portaba, se encogió hasta hacerse una bolita y gruñó con rabia contra sus antebrazos. Su piel brilló, envuelto en yang, a punto de transformarse en hurón por el descontrol de la energía en sus meridianos. Sin embargo, en el último instante logró conservar su aspecto semihumano.

«Sí que has crecido, Xue, mientras que yo sigo igual», pensó en un lamento el inmortal.

—Esta vez, estaré ahí y lucharemos juntos —afirmó el *qilin*, con la melena albina alborotada y asomando la cara entre sus brazos—. Aunque también quiero que él pague, que sufra por lo que te hizo.

—La venganza no es el camino —dijo Lian, y le tendió la mano para que se levantara.

—¡Es justicia! —lo corrigió—. ¿O es que tengo que aceptar como si nada lo que pasó? Jugó contigo, con nosotros, se hizo el bueno y nos engañó. No se lo perdonaré, aunque ya veo que tú sí. —El silencio que prosiguió hizo que el *qilin* abriera los ojos, estupefacto. Se alejó de Lian para quedar frente a la ventana, observando

los árboles despojados de su follaje por el frío y el vuelo de una mariposa que con sus colores rompía el anodino paisaje—. No me lo puedo creer —murmuró el hurón, más para sí.

—Yu estaba desesperado...

—No, calla —lo interrumpió el *qilin*—. Como te pongas a defenderlo, te juro que me marchó y no me ves una temporada.

—¿Más? —La sonrisa triste le salió natural.

—Lian. —Xue se giró y fue a colocarse junto al inmortal. Había un punto de ruego en su voz—. Quedémonos aquí, todavía hay tareas que podemos retomar, incluso podrían dejarte volver a vigilar los límites de la frontera por nuestro plano. Seguro que si hablas con la patriarca...

—No puedo. —Lian recuperó la seguridad en la voz y sus ojos oscuros se encontraron con los escarlata de Xue—. Pero tampoco voy a pedirte que me acompañes.

—¿Por qué? —El *qilin* agachó la cabeza—. Siempre que quieres protegerme lo único que haces es apartarme. Acabamos de juntarnos y, otra vez, me dices que me quede, lejos de ti.

Lian tardó un instante en percatarse de que las manos de Xue, cerradas en puño, temblaban. Y que las prendas se mojaban por sus lágrimas. Embargado por la ternura que le despertaba el que había criado casi como a un hijo, el inmortal lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí.

—Tú mismo lo has dicho, es una locura. No quiero que te pase nada malo —confesó junto a sus orejas peludas.

—Eres un presuntuoso, las cosas malas me pasan con o sin ti —hipó entre sollozos el *qilin*, aferrado a las túnicas de Lian, igual que hacía de niño cuando lo atenazaban las pesadillas—. Si no vas a quedarte, iré contigo. Seré útil, como un escudo o lo que necesites.

A Lian no le pasó inadvertido que tras aquella afirmación estaba el hecho de que consideraba a Yu como su mayor amenaza. Pero, a pesar de su animadversión por el chico, Lian confiaba en que no lo entregaría a la Logia, Xue jamás le traicionaría. Tras dos años guardando el secreto de Yulong Shizui, no sería capaz de

lanzarlo a los leones, mucho menos sin hablarlo con él. De todas formas, intuía que soportar a Yu le daría un buen dolor de tripa al pobre *qilin*.

Lo mal que se llevaba el hurón con el chico no se superaba de la noche a la mañana, y menos tras lo sucedido en la frontera cuando la antigua espada de Shen y la suya se enfrentaron, destapando la verdad. Una llena de flecos, pues era más consciente que nunca de que ni Yu sabía qué era o no real. De ahí nació la necesidad de seguir adelante y, si ir hasta Ciudad Fantasma y encontrar a la Calamidad era el único camino, lo recorrería sin dudar.

—De acuerdo, Xue —aceptó el inmortal, sin separarse del *qilin*—. Esta vez iremos juntos.